

JOSÉ CUETO: EL ADMIRADOR DE LA SANTA

Santa Teresa de Jesús, bajo el punto de vista de su ingenio, de su magnanimidad y de sus escritos.

Revista «El Oriente» de Manila, 15 de Octubre de 1876, nº 55 Pág. 5-6

Sentimos de veras la opresión que sobre nosotros ejerce en esta ocasión la estrechez de un artículo. Ansiosos de publicar una vez más las glorias de la heroína castellana, quisiéramos extendernos por el delicado campo que ofrece a la vista sus grandes empresas con feliz éxito terminadas, la muchedumbre variada de los hechos de su vida, casi en la totalidad extraordinarios y heroicos. Quisiéramos hablar de Sta. Teresa de Jesús en su infancia, interesantísima ya en sucesos: en los comienzos de su vida religiosa sembrada de abnegación y de dificultades... en su madurez religiosa, germen inagotable de frutos sazonadísimos producidos por ella en los muchos monasterios que fundó bajo la más austera e inquebrantable regularidad, en los documentos llenos de sabiduría, de prudencia y de unción santa con que formó a los hijos de su esclarecida reforma, a quienes regía con suave y blanda mano, sin que por eso dejase de ser fuerte y severa, como movida, no por el celo imprudente y amargo sino discreta y «según ciencia» cual había ella aprendido del Apóstol de las gentes; y en los postreros años de su vida, colmada de virtudes y merecimientos y terminada con una muerte placidísima ejemplar y edificante.

¿Quién que haya leído algo de sus obras, o haya oído referir algo de los hechos de su vida, sus viajes, sus fundaciones, sus entrevistas, sus cartas a personajes de reconocido saber unos, y de elevada categoría otros, pudiera dudar siquiera del raro ingenio de Sta. Teresa de Jesús?. Jamás se turbó ante las más serias dificultades, las cuales orillaba ella desembarazadamente y con el más exquisito tino. Abundan en sus obras los pasajes para comprobar esto, por ejemplo, su primera carta al Rey Felipe II. Son notables también y revelan clarísimamente su grande ingenio, las varias razones formuladas con palabras llenas de humildad y cortesía para conseguir del Eminentísimo Sr. D. Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo, permiso para fundar en esta Ciudad, como puede verse en la carta que con tal objeto le escribió, y es una de las suyas que existen impresas; pero ¿a qué detenernos en escoger pasajes de este género, cuando no hay una de sus numerosas cartas, dirigidas a toda clase de personas, y con variedad de fines y motivos, en que no resalte el ingenio agudísimo de la literata castellana? ¡Qué habilidad y qué tacto delicado para aprovecharse de todas las circunstancias de personas, tiempos y lugares que rodeaban a los sujetos, a quienes escribía!; ¡Con qué autoridad, mezclada de humilde y suave expresión, se dirige a sus inferiores!; ¡Con qué ternura de afecto escribe a sus parientes y amigos!. En esta parte sus cartas son un acabado modelo, sin que dejen de serlo en otras muchas, y no sólo se encuentra en ellas solaz y ameno entretenimiento, sino también importantes y saludables enseñanzas. De ellas puede decirse con sobrada razón que tienen «mezclado lo útil con lo dulce», propiedad de todo buen escrito literario.

.....

El mismo grande ingenio de la Santa, sobre el cual acabamos de hablar directamente, se descubre aún en aquellos pasajes de sus obras, cuya principal doctrina le debió ser comunicada por especial ilustración de Dios, atendidos la índole de las

materias que en ellos trata y la manera de tratar ¿Se quiere saber cómo Dios está en todas partes naturalmente y su modo de estar en los justos por la gracia? Pues léase entre otros el capítulo 28 de su «Camino de Perfección». ¿Se quiere saber la bondad, la misericordia, y justicia divinas, perfecciones hermanadas, a pesar de su aparente incompatibilidad en un mismo sujeto, y a un mismo tiempo; su amorosa providencia, su liberalidad, su omnipotencia su sabiduría y su santidad? Pues léanse varios capítulos de su ya citado libro y de su «Vida» escrita por ella misma.

¿Se desea vislumbrar con alguna claridad ese misterio augusto ante cuya grandeza exclama la Iglesia con S. Pablo: «¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios!». ¿El sublime misterio de la Santísima Trinidad? Pues léase Cap.27 y 29 de su ya mencionada «Vida».

.....

Las formas de su lenguaje, en el decir del competente Fr. Luis de León son «La elegancia misma» muy castizas, sumamente expresivas, generalmente correctas y hasta elocuentes y galanas. Dicho ya algo ¡cuán poco es ello! Sobre su ingenio y sus escritos; vamos a decir algo también, siquiera hayamos de ser breves igualmente, sobre su magnanimidad.

No importa que las empresas que trata de realizar están rodeadas de peligros y erizadas de dificultades: dificultades y peligros tanto mayores cuanto más débil es el instrumento que lo ha de superar; porque, fija la ferviente amante del Señor en el objetivo, de tanto atractivo para ella y tan halagüeño, cual era la gloria de su divino esposo y la salvación de las almas, a la cual tan positiva y eficazmente había de cooperar las oraciones de sus hijas, cuya evangélica perfección tan directamente intentaba, les hace frente a todas, llena de valor y de constancia, apoyada en los auxilios que de lo alto descendían sobre ella, y se dirige resueltamente a darles eficaz término, lo que en efecto consigue.

No importa que los Ordinarios de un lado, de otro los PP. De la regla del Carmen mitigada, y de otro el mundo, se opongan a la vez, si bien motivados por muy diversos resortes, como le sucede en su primera fundación de San José de Ávila; no; no importa que todas las inclemencias de una estación rigurosa pasando las noches sufriendo frío en mal acomodados lechos y desabrigados locales, como le sucede en Medina del Campo, en Burgos, Soria y Palencia; no importa que se vea obligada a recogerse en desmantelado edificio, con peligro de ser insultada por atrevidos escolares, en venganza de haberles ocasionado la salida de su antiguo morada y bajo la impresión temerosa del clamoreo de las campanas en noche de «Todos los Santos», como le sucedió en Salamanca; no importa que tengan la triste necesidad de entrar en contestaciones con las Autoridades, como hubo de hacerlo en Toledo; no importa que tenga que luchar con las condiciones del clima y con el carácter de los habitantes casi diametralmente opuestos a los suyos, como hubo de luchar en Sevilla; no importa en fin, que se atreviesen en su camino las más graves y serias dificultades, consistentes, ya en largas distancias que ha de recorrer para realizar algunas de sus fundaciones; ya en la escasez de recursos, casi nulos con frecuencia; en deshacer reparos, en nivelar contrarios intereses, en haberse de entender con toda clase de personas muchas de las cuales o le eran positivamente hostiles o indiferentes completamente; que impulsada por que el amor de su Esposo, más fuerte para ella que la misma muerte, hace frente a todo, en cuya virtud sufre desprecios, insultos y escarnios y desvíos, logrando a la postre

implantar en toda España numerosos planteles de virtud en los 32 conventos que fundó. Con sobrada razón, pues, merece ser elogiada esta gloria, no ya la religiosa únicamente, sino española también por su ingenio, por sus escritos y por sus empresas. Y ya que tan escaso y tan pobre es nuestro elogio, suplamos de alguna manera nuestra falta, dejando hablar al Sr. Monecillo, dignísimo Obispo de Jaén, quien traza así el retrato de Sta. Teresa de Jesús:

«Finísima es la gloriosa castellana en su gracejo y pensamientos; es airosa cuando refiere, aguda en extremo cuando indica, hábil ciertamente en sus ligeras transiciones; blanda y tirana de corazón, va encendiendo la llama del amor divino; sencilla como inocente criatura, disea de una manera admirable el corazón humano. Cuesta mucho comprender cómo, en su fuerza de Ángel, entiendo todo lo que entiende, y penetra tan hondo en el arte de dirigir y en la ciencia de gobernar. Emprende siempre con valor arduas empresas, y persevera, aún herida de todos lados por la murmuración y la maledicencia, sin que las pesadumbres quebrantasen su espíritu y sin menoscabo de su intento. Sus cartas van salpicadas de fino chiste y de alusión agradable. Cuando narra su vida excita la admiración del que lee, ya se acuse a si propia, ya mente sus viajes y jornadas. En sus avisos acerca de los confesores, en sus penas de espíritu y en sus dolores sensibles, se dibuja toda una vida de talento, de edificación, de martirio y de goces. Cuando pinta las Moradas no es ya la infatigable paloma la que cierne alas sobre las almenas del castillo; sube a las alturas como un serafín para bajar en cielo encendido e iluminar a las almas. ¡Qué elevaciones a Dios!, ¡qué avisos!, ¡qué discreción de espíritu!, ¡cuántas galas de imaginación!, ¡qué suspirar tan dulce! ¡qué gozosas plegarias!. Abre su corazón y exhala quiebros divinos, fluye de su boca dejos de suavidad. Sorprendida una vez por celestial suspiro, parécela perder el seso de fundadora y llega a enamorarse de la gloriosa tomada de sus villancicos¹. Como anda, va y vuelve sobre las cosas mundanas, sobre lo alto de la Teología y sobre lo misterioso de la revelación. Si, señores, Teresa de Jesús es, dice y hace todo esto, siendo a la vez ejemplar moralista y vertiendo

intachable filosofía. Habla siempre, revela, hace sentir y da a conocer en cada uno de sus rasgos un amoroso corazón y un alma enamorada. Es su acento completamente castellano; y no siendo purista de afectación, en un modelo en su tiempo de lenguaje y un encanto de sutileza y de embeleso². Ante tan glorioso cuadro palidece toda pintura nuestra; por lo cual terminamos este artículo admirando, al tipo principalmente y después al retratista.

Un admirador de la Santa.

P. JOSE CUETO O. P.